

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS ENTRE EL NORTE Y EL SUR: REALIDADES Y OPCIONES ALREDEDOR DE LA ANTROPOLOGÍA Y EL GÉNERO¹

Patricia Tovar

Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH

ABSTRACT I start out with the idea that the challenges and the difficulties that science and academy present to women vary according to the discipline, social class and national origin. I then move into a personal reflection of the experience of a Colombian anthropologist in the United States. The aim is to expose and analyze the perceptions, representations and obstacles that women from the south face in the scientific community of the north, and the limited recognition that they have received historically in relation to their colleagues, that are not from the Third World. In addition to discussing structural difficulties, the article shows the barriers, inconveniences, and daily wounds, that in the long run, produce bigger injuries and affect professional careers. The options and survival strategies that women have in their efforts to become scientists are also presented.

KEY WORDS North-South relationships. Anthropology. Gender.

RESUMEN Se parte de la idea de que los retos y las dificultades que la ciencia y la academia presentan a las mujeres varían según la disciplina, la clase social y el origen nacional, para hacer una reflexión, a partir de una experiencia personal de una colombiana tratando de salir a flote en la antropología de los Estados Unidos. Con esto se exponen y analizan las percepciones, representaciones e impedimentos que tienen las mujeres del sur en la comunidad científica del norte y el muy limitado reconocimiento que históricamente han obtenido en comparación de sus colegas que no tienen origen en el Tercer Mundo. Se discuten no sólo las dificultades estructurales, sino las contrariedades, los impedimentos y las lesiones cotidianas, que producen mella y afectan el desempeño profesional y se presentan también las opciones y las estrategias utilizadas para sobrevivir en este esfuerzo.

PALABRAS CLAVE Relaciones Norte-Sur. Antropología. Género.

Los retos que la ciencia y la academia presentan con relación al género varían según la disciplina. Me referiré en particular a los que encontramos las antropólogas desde el momento en que entramos en contacto con la academia como estudiantes hasta las dificultades, no siempre esperadas, que surgen en el ejercicio de la profesión. Estas problemáticas específicas están enraizadas en preocupaciones pedagógicas y epistemológicas, que son también políticas cuando se miran desde el ángulo del género y de la historia de la disciplina. En este ensayo escribo desde el sur, con una voz autobiográfica entrecruzada con algunas de las críticas que se le han hecho a la antropología. Es decir, hablaré de mi propia experiencia de formación como antropóloga colombiana doctorada en el norte por la Universidad de la ciudad de Nueva York, –The Graduate Center, City University of New York–, docente e investigadora en Estados Unidos, Europa y Colombia. Mi experiencia, aunque en cierto modo única, no es tan personal como podría parecer a primera vista. De las ansiedades académicas y científicas mezcladas con la vida personal se habla poco. Rara vez son

mencionadas como temas importantes de discusión en las universidades, aunque se ventilan entre colegas más bien de manera informal y anecdótica. Pero cuando los mismos obstáculos son expresados por tantas personas, especialmente las pertenecientes a los llamados grupos minoritarios, es porque algo está pasando y hay que cuestionarlo y buscarle remedio.

Para tener una perspectiva que incluya varias miradas, debo hacer un recuento, muy breve, del estado de la antropología en el norte, en particular en Estados Unidos, donde me formé, y en Colombia, analizando el papel que jugamos las mujeres allí. Trataré de dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿Cómo se entrecruzan, y a veces enredan, las categorías de género, clase y grupo étnico dentro de la experiencia de formación y desempeño antropológico? ¿Qué perspectivas tenemos como científicas sociales en comparación con hombres que tengan trayectorias similares? ¿Qué estereotipos hay y cómo se reproducen? ¿Cuáles son las disyuntivas y contradicciones que tenemos que resolver si tra-

bajamos fuera o dentro de nuestros países? ¿Hemos avanzado algo con respecto a los impedimentos tradicionales de la familia y la crianza de los hijos?

La antropología, la disciplina más amplia de las ciencias sociales, fue conocida hasta hace poco como «la ciencia que estudia al hombre.» Esta lucha por cambiar el término excluyente «hombre» que designa la parte por el todo, por el genérico de «seres humanos», ha sido difícil, y continúa aún con cierta resistencia. Este esfuerzo no implica solamente cambiar un término por otro. Ha significado una reevaluación total de la disciplina, a partir de los años setenta; crítica que se ha visto enriquecida por el desarrollo de la antropología feminista. El debate en esa época incluía dos puntos fundamentales. En primer lugar, el uso de la palabra «hombre» había significado hasta ahora, que el objeto de estudio de la antropología había sido sólo lo masculino, ignorando la historia, la contribución a la cultura y la perspectiva de las mujeres. Lo que las mujeres hacían o decían no era considerado relevante, ni parte importante del patrimonio cultural. No valía la pena tomarse la molestia de observarlas o de entrevistarlas. Además, los investigadores llevaban sus propios prejuicios de género corrientes en sus sociedades, que además se convertían en el lente a través del cual miraban. El otro punto fundamental fue el cuestionamiento teórico de la desigualdad de género en la sociedad occidental y la búsqueda de explicaciones para entender este fenómeno, en otras sociedades, y ver que el problema de subordinación de la mujer no era universal, ni se manifestaba de la misma manera. Vale la pena mencionar las contribuciones de Rosaldo (1974), Ortner (1974), Reiter (1975), y Leacock (1981).

A partir de ese momento, las diferentes ramas de la antropología comienzan una crítica de lo que se había hecho hasta ahora, en gran parte por hombres europeos. Todas las ramas de la antropología presentaron propuestas en este esfuerzo. Desde los estudios de adaptación y biología, los orígenes, la evolución, hasta la lengua y la cultura. Los sistemas económicos, políticos, religiosos, familiares y estéticos de grupos humanos de todo tipo de complejidad tecnológica comienzan a verse desde una óptica diferente. La prominencia intelectual de muchos héroes y padres fundadores, comienza a desmoronarse.

Veamos un poco más atrás en qué se basaban los fundamentos de la disciplina. La antropología se desarrolla a comienzos del siglo XX, a partir del estudio de las llamadas sociedades

primitivas, o no-occidentales por investigadores europeos y norteamericanos, que se trasladaban a lugares remotos para realizar el trabajo de campo y hacer etnografía, lo que se convertiría luego en requisito indispensable para la mayoría de edad y la credibilidad como antropólogos. En realidad lo que algunos de ellos estaban haciendo era legitimar y volver científico lo que ya estaban haciendo los escritores, viajeros y misioneros al relatar lo que observaban. Algunos de estos primeros investigadores estaban al servicio de los gobiernos colonizadores, o escapaban de las grandes guerras, como lo fue el caso de Malinowski o de Radcliffe -Brown. Otros eran misioneros, y más tarde miembros de los Cuerpos de Paz y de otras instituciones interesadas en «civilizar» e imponer su cultura y religión, para lo cual necesitaban primero «entender la manera como viven otras personas en el mundo.» La preocupación principal era el estudio del «otro», como lo «exótico», lo «primitivo» o lo «salvaje» entendido en ese entonces como lo diferente. Esto ha sido al mismo tiempo una fortaleza y una debilidad para la antropología. Aunque durante muchos años diferente era sinónimo de desigual e inferior.

Algunas mujeres sobresalen como pioneras y destacadas investigadoras en la historia temprana de la antropología norteamericana. Son ellas mujeres blancas de clase alta, que tuvieron la posibilidad de que alguien de su familia les financiara directamente sus propios estudios e investigaciones. Ruth Benedict, Esie Clews Parson, Hortense Podermaker y Margaret Mead son ejemplos importantes de esta época.

Fue solo después de la Segunda Guerra Mundial y gracias al impacto de los procesos y las luchas para conseguir la descolonización en África y en Asia, y los cambios políticos que ocurren más tarde en Latino América cuando comienza la crítica de la antropología como agente del colonialismo. De repente los antropólogos se convierten en personas *non grata*, y son acusados, con fundamento en algunos casos, de ser espías y agentes o colaboradores de la CIA: y en el mejor de los casos, de no participar ni tomar partido con las necesidades de las nuevas naciones.

Entre tanto, los países que habían sido tradicionalmente objetos de estudio por la antropología comienzan a crear departamentos de antropología y a formar nuevas generaciones de estudiantes críticos y comprometidos con las desigualdades y realidades de sus propios países.

Hacia los años sesenta, los movimientos sociales de protesta realizados en Europa y Estados Unidos por estudiantes y



por grupos que luchaban por los derechos civiles, la igualdad racial y de género, y la Guerra de Vietnam, comienzan a tener un gran impacto en los centros académicos. Esta crítica se ve reflejada en el creciente interés por estudiar los problemas que «tenemos en casa» antes de estudiar los de afuera, y de ver los problemas de los otros como consecuencia de la presencia de los del norte en el sur. Al mismo tiempo se critica la atemporalidad de la antropología, es decir que se ha mostrado al otro viviendo en un presente etnográfico, muchas veces alejado de la historia y nunca coexistiendo en el presente del investigador.

Surgen preguntas y acusaciones de que el objeto de estudio son las comunidades pobres y sin poder del llamado Tercer Mundo, sin cuestionar el origen y las dinámicas del poder. Por ejemplo se cuestionaba por qué no se investigaban los grupos europeos que habían colonizado y subdesarrollado a África. Por qué la antropología no tenía mucho que ofrecer en ese momento sobre temas candentes del momento, la discriminación racial, la pobreza, la subordinación de la mujer. La pregunta fundamental en ese momento era: ¿Es la antropología una ciencia «pura» o una ciencia aplicada, que debe estar preocupada por analizar y ayudar a eliminar los problemas sociales? La Asociación Americana de Antropología por esa misma época lanzó un código de ética para la disciplina en un esfuerzo por evitar y cuestionar ciertas prácticas comunes en el momento, de aprovechamiento de los resultados de la investigación para crear otras maneras de subordinación y explotación de los recursos de los grupos bajo estudio, provocando cambios culturales negativos.

La tendencia a partir de los años setenta fue la proclamación de que estudiar y entender nuestra propia cultura primero (entiéndase en este caso cultura europea o norteamericana), para poder entender las otras, con el argumento de que esto ayudaba a disminuir el notorio etnocentrismo en la antropología, es decir la creencia subyacente y muchas veces abierta de que hay culturas superiores a otras. Se supone que al estudiar las culturas complejas podemos corregir, o por lo menos entender el origen de los estereotipos étnicos y culturales.

Entre tanto en Latinoamérica la tendencia era hacia lo que se denominó el nacionalismo y el movimiento indigenista. En Colombia la antropología que tuvo un origen europeo hace 60 años con la creación del Instituto Colombiano de Antropología fue siempre centrada hacia adentro, en el estudio de nuestra variedad cultural. Los estudiantes han

sido y continúan siendo entrenados para trabajar dentro del país. Sin embargo, los tres ejes culturales alrededor de los cuales se ha desarrollado la etnografía han sido las comunidades indígenas, el campesinado andino, y las comunidades negras de las costas atlántica y pacífica. La presencia e influencia de las mujeres en la antropología colombiana ha sido muy fuerte desde el comienzo, y ha trascendido las barreras de la disciplina como en el caso de Virginia G. De Pineda. Más recientemente, la antropología llegó a las ciudades por las dificultades de orden público para realizar trabajo de campo en ciertas zonas del país. Estas dificultades no son sólo del orden económico, pues es muy costoso viajar a las zonas remotas donde habitan las comunidades indígenas, sino por los riesgos relacionados con la seguridad e integridad física de las personas, problema que cada vez se ha hecho más agudo. Inclusive las ciudades y los centros académicos se han visto afectados por esta situación. Durante muchos años la antropología y otras ciencias sociales fueron sinónimos de subversión y algunos temas de investigación continúan siendo una amenaza para algunos grupos actores del conflicto armado que vive el país. En más grave riesgo han estado los analistas del fenómeno de la violencia y del paramilitarismo. Algunos antropólogos, han sido asesinados en su propia oficina de la universidad, e inclusive en plena clase, frente a sus estudiantes, como en el caso de Hernán Henao, especialista en temas de familia.

Vale la pena mencionar que el compromiso de la antropología ha llegado a extremos en cuanto a la participación, tanto de estudiantes, como de profesionales en diferentes movimientos armados de protesta nacional, como el M19 o luchando al lado de indígenas y campesinos por la tierra y la participación democrática.

La década de los noventa también a traído cambios y críticas a la antropología. Lo otro ya no es visto como lo primitivo, base y fundamento de una evolución cultural, donde lo civilizado significa intentar imitar la forma como se vive en Inglaterra o Nueva York, sino que se da más atención a explorar lo «otro» o la alteridad, como una alternativa para entendernos mejor. Es decir, se resalta la variación humana, aunque hay un toque egocéntrico al fomentar la comparación constante con lo que somos (que muy a menudo significa lo que son los Estados Unidos). Se habla de la reflexión sobre lo que somos y nuestro posicionamiento frente a lo que observamos y se han desarrollado lo que se llaman los estudios de los subalternos y post-coloniales, con Gayatri Spivak y Homi Bhabha a la cabeza, yendo más allá del euro-

centrismo y construyendo un nuevo pensamiento social desde el sur (Castro, Rivera y Millán 1999). Dentro de estas tendencias se encuentra la llamada reflexividad, que también significa incluir la experiencia personal en la preocupación por el otro, por los menos poderosos, lo que implica compasión, solidaridad, empatía, y lo más importante facilitar herramientas de empoderamiento y agenciamiento. Aunque también incluye el estudio de los poderosos, pero en general se trata de ver a los agentes de cambio y de creación de historia.

La academia norteamericana se ha criticado desde afuera, entre otras cosas por su dogmatismo, creación de escuelas y sectas, por su mezquinidad y poco deseo de incorporar o de considerar relevantes los trabajos producidos en el sur. No es coincidencia que muchos intelectuales latinoamericanos, con los brasileños Cardoso, y Da Matta a la cabeza, también educados en el norte prefieran publicar en inglés, para asegurarse de que sus trabajos serán tomados en cuenta en las universidades del norte. Los debates de los noventa incluyen la revisión del «canon» tradicional, de las listas de lecturas consideradas clásicas e importantes y que son asignadas a los estudiantes, y que ahora incluyen los trabajos previamente excluidos y considerados menos importantes escritos por mujeres o por autores minoritarios. Como practicantes de la antropología, no solo escribimos sino que enseñamos sobre lo que se encuentra en los libros. A pesar de nuestras experiencias de trabajo de campo, es realmente lo que está en los libros lo que es considerado importante y valioso, y esas son las experiencias de hombres blancos, de origen Europeo, patriarcas como Malinowski, Radcliffe Brown, Levi Strauss o Geertz, por mencionar solo unos, pues la lista es muy larga.

Si miramos en la lista de profesores en los departamentos de antropología también encontramos una fuerte presencia de hombres. Una mirada rápida encontró en el departamento de antropología de la Universidad Nacional en Bogotá que solamente dos mujeres son profesoras de tiempo completo, mientras que hay dieciséis profesores inclusive con menos preparación académica. Además que muchas veces los títulos académicos no cuentan cuando se trata de determinar los salarios que se reciben. Por ejemplo en mi trabajo actual en el ICANH, ni las publicaciones, ni los títulos obtenidos más allá de la maestría cuentan para calcular aumentos de salario en las estructuras de trabajo en esta organización gubernamental. Es decir no se ofrecen ninguna clase de incentivos laborales, corrientes en otras instituciones y otras disciplinas.

A mediados de la década del ochenta salí de Colombia como inmigrante a los Estados Unidos, prácticamente al día siguiente de haberme graduado como antropóloga en la Universidad Nacional, con el sueño de cursar estudios superiores y obtener un doctorado. Encontré que para mis recursos y haciendo un gran esfuerzo con el poco inglés que tenía, mis opciones eran bastante limitadas. Me recomendaron una universidad conocida como la Harvard de los pobres, llamada The City College, parte del gran complejo de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Entré a un programa recientemente creado en antropología urbana aplicada que tenía a Eleanor Leacock, una figura prominente en los estudios de género. Mi formación intelectual ha sido moldeada no solo por mis profesores, sino por la influencia de lo que he visto a mi alrededor en los lugares donde he vivido.

Para una suramericana la experiencia de entrar como estudiante a un programa de postgrado en los estados Unidos significa muchas veces recibir un tratamiento como el de una persona menos inteligente, en el peor de los casos, o como una persona minusválida intelectualmente, a la que se le trata como si lo que hubiera aprendido antes, si es que en realidad se considera que sabe algo, no sirviera y tuviera que comenzar de nuevo. Esto se nota desde el momento mismo en que se hace la solicitud de ingreso. Es corriente la advertencia de que hay que tomar algunos cursos de nuevo, la tesis u otros documentos o publicaciones no escritas en inglés no son dignas de ser tomadas en cuenta y siempre se insiste en deficiencias de formación académica. La experiencia de trabajo fuera de los Estados Unidos es también irrelevante para ellos. Además que esto implica competir con jóvenes inmaduros, recién egresados y sin ninguna o poca experiencia de trabajo profesional, ni de contacto con la realidad social de desigualdad que se vive, incluso en sus propios países. La mayoría de los latinoamericanos que van a estudiar financiados con becas a Norte América o a Europa lo hacen después de competir duramente en sus países con personas con trayectorias de trabajo importantes y de ganar concursos de méritos. Yo no tuve tal suerte, pues de entrada no contaba con estas valiosas ayudas económicas. Pero, aun para ellos, la primera desilusión es sentirse aislados y tratados como inferiores. A esto hay que agregar los problemas de lengua que en muchos casos se tiene y que se manifiestan en el momento de participar en clase, y en el de escribir informes y empezar a participar en el circuito de las publicaciones y las conferencias, tan importantes para construir una hoja de vida (*currículum*) sólida.

Yo pienso que el nivel de maestría que se trabajaba en el momento en que entré a City College en los ochenta era muy similar al nivel académico que teníamos en pregrado en Colombia. Debo mencionar que en Colombia solo hasta hace muy pocos años se inician los estudios de maestría en antropología en la Universidad Nacional en Bogotá. Como no teníamos estudios más superiores, se hacía un esfuerzo para que la formación de los estudiantes fuese lo más completa posible. Esto en realidad facilitó las cosas para mí en Nueva York, por que ya conocía el contenido de algunas materias. Sobre todo, lo relacionado con la teoría marxista y la influencia del estructuralismo y la academia francesa, y permitió que a pesar de que mi inglés no era el más adecuado, estaba entendiendo la teoría que se manejaba en la clase. Quedé sorprendida por el hecho de que esta teoría era nueva para muchos estudiantes, pues no se enseñaba ni se leía directamente sino hasta los estudios de postgrado.

Aprender a manejar la brutal competencia característica del medio, el racismo y el etnocentrismo abiertos y sutiles que existen en los estados Unidos, para no mencionar el sexismo y el acoso sexual que también se da en muchas universidades. Cualquier historia sobre violaciones y asesinatos de mujeres en las universidades, no es mentira. Esas lecciones son las que se aprenden primero, cómo evitar o sobrevivir estas amenazas. Todo esto sumado produce lo que se ha denominado «las heridas invisibles». Las que no se ven inmediatamente, pero que lastiman profundamente, convirtiéndose en obstáculos que pueden hacer que las personas entren en crisis nerviosas o que abandonen sus estudios. Lo peor de todo es que tardamos tiempo en ver estas heridas, si es que llegamos a ser conscientes de ellas.

Hay otras cosas, por ejemplo, en mi caso mis profesoras no estuvieron muy de acuerdo con que entrara a un programa de doctorado, sino que querían que me dedicara a trabajar con las problemáticas sociales de los inmigrantes latinoamericanos en Nueva York, cosa que hice inicialmente, pero con la intención de poderme financiar mis estudios de doctorado. Pasaron muchos años antes de que pudiera obtener ayuda financiera, pues estaba en un limbo. Muchas de estas ayudas había que solicitarlas directamente desde el país de origen, y en Estados Unidos no podía hacerlo por no ser ciudadana. Y en la universidad debía demostrar primero mis méritos después de estar matriculada y haber cursado algunos semestres. Cuando finalmente logré conseguir la ayuda financiera ofrecida por la universidad en la forma llamada «asistente de investigación» me sentí muy contenta porque

mi trabajo consistía en sacar fotocopias, mientras que a los estudiantes «nativos» se les asignaron tareas de investigación de biblioteca y de archivos, donde claramente tenían acceso al conocimiento y a otro tipo de experiencias. Ellos tenían la opción de enseñar y así ir adquiriendo la experiencia necesaria para fortalecer sus hojas de vida, y competir mejor por los trabajos académicos bien pagos. Fue solamente hasta que terminé el doctorado que se me consideró casi como un igual, y que al fin se me permitió y recomendó para ser profesora universitaria. En estados Unidos se habla en general del *boy's club* es decir de la red de relaciones que existen entre hombres y que facilita que ellos consigan los mejores trabajos dentro de la academia, donde están claramente mejor posicionados.

En cuanto a la consecución de trabajos, para mí el hecho de ser colombiana y de tener un acento fueron temas determinantes, que aparecían constantemente en las entrevistas, pues de ahí se pasaba al tema de la droga y a los estereotipos que hay sobre los colombianos, lo que cambiaba el rumbo de las conversaciones creando un ambiente muy poco propicio.

Teniendo en cuenta que el trabajo de campo es uno de los pilares de la antropología, y es la herramienta metodológica que nos define y separa de otras disciplinas, es importante hablar de esto. Hacer etnografía en tierras lejanas a la nuestra es difícil y costoso, implicando a veces un riesgo para la vida, como lo atestigua la lista de profesionales que han muerto en el campo en diferentes circunstancias que van desde accidentes hasta asesinatos de carácter político. Tanto que la misma Asociación de Antropología Americana y muchas entidades financieras de los Estados Unidos exigen un seguro de vida total para las personas que están en el terreno fuera del país y tienen una lista de países que no recomiendan para hacer investigación. Todo mundo sabe que esta experiencia de campo es diferente para los hombres y las mujeres, y además está marcada por nuestro bagaje personal de clase, y de grupo cultural y étnico. Una pregunta que escuché con frecuencia cuando iba a comenzar mi trabajo sobre la viudez en Portugal, fue: ¿Y qué piensa su esposo sobre esto? Alguien me preguntó explícitamente: ¿Y su marido, si le da permiso de ir? Cuando regresé, la pregunta que oía con frecuencia era: ¿Y, su matrimonio, sobrevivió?, pues estuvimos separados por más de seis meses. Algunas fundaciones permiten incluir dentro del presupuesto el mantenimiento de toda la familia mientras se hace investigación de campo, pero este no era mi caso. Esto



me llevó a reflexionar sobre lo que ocurría con muchas de mis compañeras, algunas de las cuales tenía mayor movilidad porque no tenían parejas permanentes que influyeran de manera negativa en sus decisiones académicas. Otras simplemente cambiaban sus planes acomodándose a sus prioridades como esposas y como madres. Para muchas antropólogas, el esfuerzo por ser aceptadas académicamente ha significado ser catalogadas como mujeres inadecuadas o diferentes, que se salían de los roles asignados para ellas en determinados momentos históricos. O de ser culpabilizadas por poner primero sus estudios que sus familias.

En el caso de los hombres es diferente, es bastante común ver en los agradecimientos de muchas tesis y de libros publicados sobre los trabajos etnográficos realizados, menciones a las compañeras o esposas, que van desde ser asistentes de campo sin paga, hasta mecanografiar el manuscrito final. Se habla de algunos antropólogos famosos que se beneficiaron por los capítulos enteros de sus libros que fueron escritos por sus esposas. No conozco el primer trabajo realizado por una antropóloga que dé agradecimientos a su compañero o esposo por haber realizado estas mismas tareas. Ha habido algunos casos en que las asistentes decidieron más tarde convertirse en antropólogas, pero los dilemas que confrontan a las mujeres siguen siendo los mismos. Son varios los casos de colegas que han rechazado becas y oportunidades de viaje lejos de sus casas a instancias de sus esposos, mientras que ellos no dudan en aceptarlas. Los hijos también se convierten en dilemas adicionales. Pues aunque hay algunas que deciden llevarlos consigo, aunque no tan pequeños para que resistan mejor los rigores de condiciones climáticas o de salud e higiene diferentes a los que están acostumbrados, esto es un problema cuando los hijos están en la escuela, lo que se complica aún más, cuando como en el caso de Colombia, las zonas donde tradicionalmente se han realizado investigaciones de tipo etnográfico, son zonas rojas en este momento de guerra que atraviesa el país, y las antropólogas, por obvias razones, son las primeras en alejarse de esas zonas. Otro tema que también se debe mencionar es el de las relaciones personales con «los nativos» que han resultado muchas veces en matrimonios inter-culturales. En el caso de Colombia, hay dos patrones, el de Europeo/a casándose con afro-colombiano/a, y el de los investigadores que han adoptado niños de las comunidades donde han trabajado.

El trabajo de campo es un proceso de búsqueda de respuestas a preguntas específicas y de soluciones a problemas teó-

ricos y prácticos. Se trata de seguir una serie de pasos que van desde la definición del problema que va a ser estudiado, pasando por la recolección de datos, el análisis y la escritura de los resultados. La filosofía general en los departamentos de antropología es que un estudiante debe hacer trabajo de campo para poder obtener su doctorado y eso incluye hacerlo en una cultura diferente de la suya propia. En general, se enseña que una persona trabajando dentro de su propia cultura no puede mantener la objetividad necesaria que se obtiene observando una cultura diferente a la propia. Es curioso que esta filosofía no se aplica a los estudiantes extranjeros. Cuando llegó el momento de preparar mi tesis de maestría en antropología urbana, «naturalmente» se pensó que yo debía trabajar en Nueva York con inmigrantes colombianos. Salir a otro país, como era mi sueño, ni siquiera se planteó como una posibilidad, pues además se agregó la dificultad de conseguir fondos. Con los estudiantes afroamericanos ocurre una cosa similar. En su gran mayoría están concentrados en los estudios sobre africanidad, o problemas raciales y se convierten en especialistas en su propio grupo, mientras que los de origen europeo tienen opciones más amplias, lo que significa mayor apoyo financiero. La explicación de esta situación radica en la idea de que una persona por ser de «adentro» está en una mejor posición para recoger datos que no tiene una persona de afuera.

Una finalidad de la antropología es describir aspectos de la cultura, desde el punto de vista de la gente que hace parte de esa cultura, la «perspectiva de adentro». Por tal motivo la persona debe estar completamente inmersa en la cultura, la lengua, la vida de la gente y, en general, participar en la vida de la comunidad por un cierto periodo de tiempo. De esta manera se supone que se pueden producir los mejores datos. En los comienzos de la antropología se dice que Boas, el padre de la antropología norteamericana, insistió en el entrenamiento de «nativos» como investigadores de su propia cultura. También mencionaba la necesidad e importancia de entrenar mujeres, con la idea de que ellas eran las únicas que tenían acceso al mundo femenino muchas veces negado a los hombres. En otras palabras tanto el nativo como la mujer son considerados herramientas con el propósito de proveer información al verdadero antropólogo que es un hombre blanco.

Yo he realizado investigaciones como persona de adentro y de afuera. Aunque decir persona de adentro, tampoco es del todo exacto. Trabajar con inmigrantes en los Esta-

dos Unidos significó trabajar con personas que en su mayoría tenían un estrato social y educativo muy diferente del mío, sin mencionar otros problemas sociales de los que adolecen muchas familias que dependen del Estado para su supervivencia, o que tienen miembros dentro de las redes del narcotráfico, o viven dentro de la llamada ilegalidad por no tener documentos de residencia. En Colombia estoy trabajando con mujeres viudas, víctimas de la violencia y el desplazamiento social que también tienen realidades y experiencias muy diferentes de las mías.

Cuando anuncié a mis profesores del programa de doctorado, que no regresaría a Colombia a realizar trabajo de campo, ni que tampoco continuaría trabajando con inmigrantes, se sorprendieron y hasta intentaron disuadirme de mi idea. En principio había pensado en trabajar en Brasil. Este país me atraía poderosamente por su cercanía y a la vez lejanía con Colombia, y esta idea no presentaba tanta controversia, pues al fin y al cabo Colombia y Brasil eran Sur América, y tenía problemas hasta cierto punto similares. A mí me interesaba el hecho de que somos vecinos, pero sabemos tan poco acerca del otro. Yo no era la única estudiante con interés de ir a Brasil. Había en mi departamento por lo menos otras cinco personas preparando viaje a este mismo país. Comencé a buscar fuentes de financiación y descubrí que Portugal ofrecía una beca de un año para estudiar la lengua. Solicité y gané esta beca y enfoqué mis estudios en el área de Europa Occidental y del Mediterráneo. Es verdad que demoré un poco mis estudios, pues me embarqué en el estudio de una región etnográficamente nueva para mí, y que además tenía que estudiar la lengua y establecer lazos con la gente. Tenía una colega portuguesa, quién gentilmente me presentó a sus amigos y compañeros de trabajo en el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa, donde estuve afiliada por dos años.

Llegué a Lisboa en 1991, a hacer mi investigación de doctorado sobre la familia, en un momento en que los antropólogos locales criticaban la antropología europea y la idea de la honra y la vergüenza como el tema alrededor del cual se delimitaba el sur de Europa como área cultural. También encontré una crítica del sur al norte. Especialmente a la antropología británica, que tradicionalmente se había ocupado de estudiar esta área y en cierta manera de colonizar por lo menos a Portugal.

En cuanto preparaba mi trabajo de campo establecí contactos por correo, y me di cuenta que me había convertido en un caso curioso. Sería la primera antropóloga colombiana en investigar a los «nativos» europeos. Algunas personas me animaron y más tarde me apoyaron. Y por lo menos una de mis profesoras, especialista en Europa, para la cual prácticamente yo no existía, en el sentido de que no me determinaba como estudiante con potencial, comenzó a interesarse por mi trabajo. De cualquier manera siempre había algún tipo de reacción, pregunta o comentario al respecto. Concurse luego para el prestigioso programa de la Wenner Green Foundation, y obtuve financiación para un año más de trabajo en Portugal.

No puedo mencionar nada negativo con respecto a mi experiencia de trabajo de campo con las viudas portuguesas y con la comunidad académica portuguesa. Una constante que encontré siempre era que de alguna manera se me asociaba con Portugal, también existe el apellido Tovar en Portugal, pensaban que yo era hija de inmigrantes portugueses, o que yo era brasileña. En los Estados Unidos de entrada soy considerada inferior y diferente y las relaciones de trabajo dentro de la investigación estaban marcadas por los factores de racismo conocidos en ese país y de entrada soy considerada inferior. Nunca nadie me dijo como en Portugal: ¿Cómo es que usted habla tan bien portugués? Sino: Tiene usted un acento muy curioso. Y esto me recuerda de una experiencia que tuve cuando trabajaba haciendo mi tesis de maestría sobre maltrato infantil en las oficinas de los servicios sociales de la ciudad de Nueva York. En estas oficinas los asistentes sociales son en su mayoría de origen africano, o judío y en ciertos casos portorriqueños es decir pertenecen a grupos minoritarios, para tener una cercanía mayor con los grupos que sirven. Las empleadas de oficina, que son las que reciben los salarios más bajos, también lo son. Una de ellas, encargada de buscar los expedientes se me acerca un día y me pregunta en inglés si soy «Spanish» y yo le contesté que no era de España, a lo que ella me respondió que se refería a ser «hispana», o «latina». Yo intrigada le pregunté que por qué me hacía esa pregunta, y ella me respondió: ¡Por qué usted parece importante! Me dio mucha tristeza pensar que en su mundo no podían coexistir las personas que parecían importantes, es decir que no desempeñaban el trabajo sin futuro y con poca paga que ella tenía y que eran del grupo étnico al cual ella pertenecía.

A las mujeres de grupos minoritarios nos toca estar a prueba constantemente en cuanto a nuestras capacida-



des y habilidades para lograr alcanzar nuestras metas, lo que a veces significa estar al margen y cerrar los ojos ante las discriminaciones que recibimos. Rápidamente nos damos cuenta del favoritismo entre los profesores y sabemos que no vale la pena entrar dentro del juego. Cito que en mi departamento las mejores becas siempre fueron para estudiantes nativos pero cuando alguien que no lo era recibía apoyo financiero se insinuaba que no era por méritos sino por ser representante de un grupo minoritario, al que por ley se le debía incluir dentro de las cuotas designadas para esto. En esta época la universidad, consciente de las dificultades de los estudiantes de grupos minoritarios crea programas de apoyo para retenerlos que incluyen manuales de sobrevivencia, ayuda y corrección de trabajos escritos y en general apoyo moral y financiero. En mi época no existían; tuve el honor de participar en

éstos sólo en el último año del doctorado y después entré como consejera de estudiantes.

En conclusión, la crítica de la antropología implica no solo una reconsideración de las premisas tradicionales y una reestructuración de los conceptos que se han asumido como fundamentales de la disciplina. La reflexión debe estar encaminada hacia la clarificación no sólo de lo que es la antropología hoy en día, sino para que está siendo usada, y para que podría ser utilizada. De lo que somos y de donde venimos y lo que podemos hacer para entender y mejorar, en caso de ser posible las condiciones de desigualdad en que viven muchos seres humanos. La crítica también implica el cuestionamiento de las metodologías y los sistemas desiguales de entrenamiento, formación y consecución de trabajos, y de resaltar las experiencias personales para que sirvan de ejemplo a otras personas.

NOTAS

- 1 Este texto fue presentado en la Sesión «Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica: problemas y propuestas», organizado por la OEI y coordinado por Eulalia Pérez Sedeño, en ESOCITE, *Ciencia, tecnología y sociedad y el futuro de América Latina*, celebrado del 23 al 26 de octubre del 2000 en Campinas-Sao Paulo, Brasil.

BIBLIOGRAFÍA

- Bhabha, Homi. 1983. «Differences, Discrimination and the Discourse of Colonization». En Barker, Francis, et al. Eds, *The Politics of Theory*. University of Essex Press.
- Castro, Santiago, O. Guardiola Rivera y C. Millán. 1999. *Pensar en los Intersticios. Teoría y Práctica de la Crítica Postcolonial*. Bogotá: Instituto Pensar, Universidad Javeriana.
- Leacock, Eleanor. 1981. *Myths of Male Dominance*. New York: Monthly Review Press.
- Rosaldo Michelle, and L. Lamphere. 1974. *Women, Culture, and Society*. Stanford University Press.
- Reiter, Rayna (Rapp). 1975. *Toward an Anthropology of Women*. New York: Monthly Review Press.
- Ortner, Sherry. 1974. «Is Female to Male as Nature is to Culture?» In Rosaldo Michelle, and L. Lamphere, eds. *Women, Culture, and Society*. Stanford University Press.
- Spivak, Gayatri. 1990. *The Postcolonial Critic: Interviews, Strategies, Dialogues*. London: Routledge.